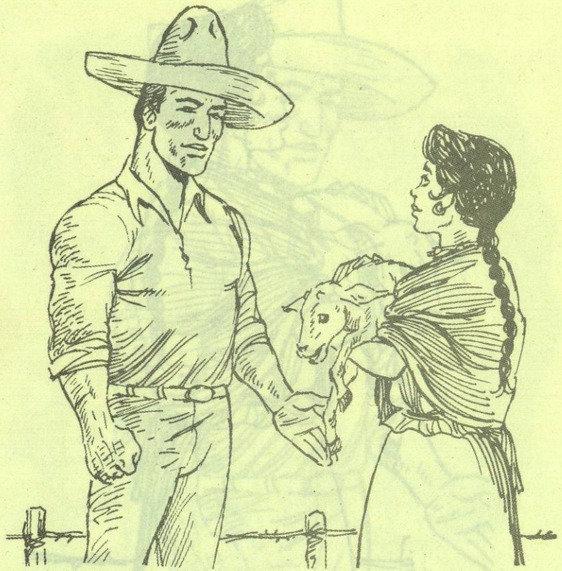
Después bruscamente se dió la media vuelta y se dirigió a su parcela a paso firme. Gasparina se quedó ahí, parada con el chivito balando en sus brazos y sintió que le faltaba la respiración y, fue cuando se dió cuenta de que se había enamorado.

Pasaron los días y no volvieron a verse. Pancracio siempre la espiaba, se subía a los árboles para verla cuando ella iba a dar maíz a las gallinas o cuando les llevaba desperdicios a los cerdos. También cuando iba a lavar su ropa al arroyo. Hasta que ya no pudo más. Una noche fue a ver a la hechicera del puebo y le contó de sus pesares. Esta le dió una piedra milagrosa y le explicó que fuera a la plaza y cuando viera a Gasparina se la aventara a su paso. Si ella la recogía significaba que estaba enamorada de él, sino, tendría que olvidarla. Al siguiente domingo Pancracio se dirigió a la plaza y cuando vió venir a

Gasparina le lanzó la piedra. Pero lo hizo con tanta fuerza que le pegó en la cabeza y la hizo que perdiera el conocimiento.

Al verla caer corrió hacia ella y la levantó en sus brazos. Después le sobó la cabeza y le encontró un chipote con una pequeña herida contusa en su borde. Gasparina había perdido momentáneamente el conocimiento, pero lo recobró cuando su enamorado le tocó la herida. Sin embargo siguió con los ojos cerrados disfrutando aquella dulce prisión. Mucha gente vió a Pancracio acercar sus labios a los de Gasparina, pero nadie supuso que en su desesperación creyó que la había matado y buscó con su nariz el aliento de su amada para ver si aún respiraba. La noticia de áquel beso que nunca ocurrió llegó rápido a oídos del padre de Gasparina, Eugenio Calles; quien ya lleva cinco copas de mezcal en la cantina de Toño Mitates,

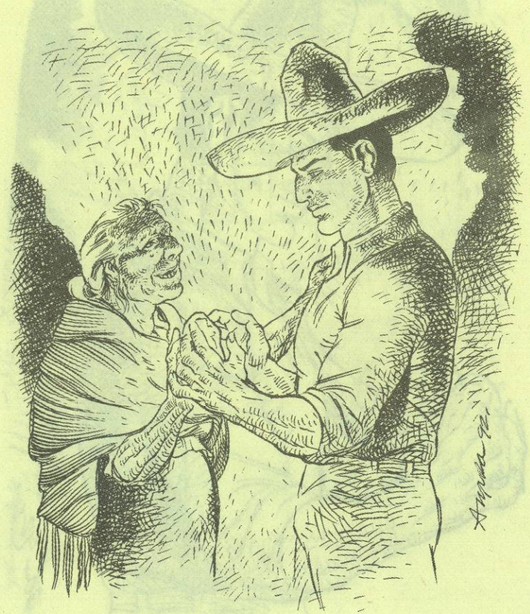


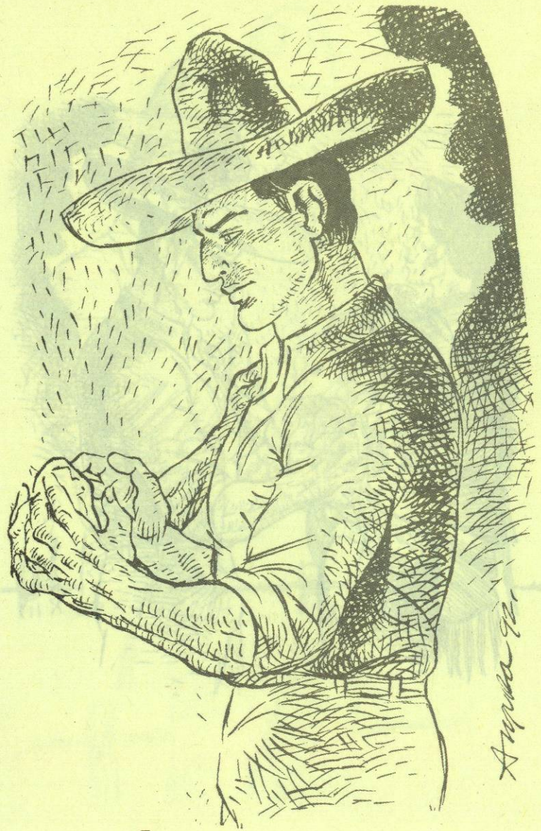
y que al ser enterado del suceso se dirigió a la plaza con un machete en la mano. Preocupado más por el beso que nunca ocurrió que por el golpe que había recibido Gasparina, enfrentó a Pancracio quien ya estaba sentado en una banca tratando de resucitar el cuerpo inmóvil de su amada. Eugenio, vió a su hija volver en sí "milagrosamente" pero no quiso escuchar explicaciones y emplazó a Pancracio a luchar a muerte para lavar la honra de su hija o a casarse como Dios Manda.

Durante dos meses Pancracio estuvo trabajando en la orilla del arroyo, cavando y paleando tierra. Hacía rectángulos de zoquete, yerba y excremento de res, hasta que formó cientos de adobes. Después, a quinientos metros del arroyo, construyó la choza con techo de palma; la choza donde un año después daría sus primeros pasos Exígeno Conó.

Por fin, a diez domingos de aquella pedrada y del beso que nunca ocurrió, Gasparina y Pancracio unían sus vidas en la Iglesia de Boca de San Pedro. De aquella boda surgió la tradición que todavía se conserva: los muchachos del pueblo en edad de casamiento acuden a la plaza, llevan una piedra en sus bolsillos y la lanzan a la mujer que quieren por esposa.

Pero desde el día de la boda Gasparina nunca había escuchado una frase de amor, a pesar de que su esposo le demostraba en cada uno de sus actos el amor que le tenía. De ahí que esa noche cuando sintió a Pancracio arrodi-

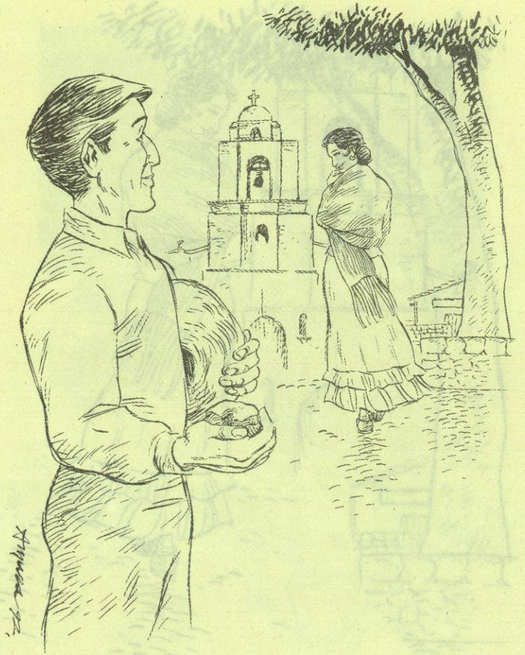




llarse en la cabecera y darle un beso en la frente, se sintió el ser más feliz de Boca de San Pedro y entonces cuando lo escuchó salir al patio ella también comenzó a llorar. Cuando Pancracio salió del jacal se dirigió a la noria, bajóla tina y, al sentir el choque del metal con el agua, aflojó un poquito el mecate hasta que calculó que el agua ya había llenado el recipiente. Después estiró la cuerda, subió la tina y se mojó la cabeza.

En el arroyo se escuchaba a los sapos cantarle su amor a las ranas, en el mezquite cercano el aleteo de las gallinas que en su insomio alcanzaban a dormir a ratos, pero despertaban y aleteaban para no caer en el vacío. En la obscuridad se veía a las luciérnagas volar en los vientos del amor y formar corazones de luz intermitente. La noche transcurrió y Pancracio navegó en el mar de sus recuerdos.

Vió a su madre y le dijo cuanto la extrañaba, la falta que le hacía; y se recriminó haberla hecho pasar ratos amargos, pero ella lo abrazó, lo besó, le dijo: "Chacho querido", como solía llamarlo con cariño. Y entonces Pancracio se sintió libre y eliminó sus sentimientos de culpa. Después vió a su padre y le agradeció todas sus enseñanzas, todos sus consejos y le contó de su soledad pasada y de los ratos de alegría al lado de Gasparina y del hijo que esperaba. Después la imagen de su padre se disipó y recordó la soledad de Toño Mitates y no encontró respuestas a las tragedias que entraña la vida. Entonces agradeció a Dios su felicidad, la bendición de tener a Gasparina y al hijo que llevaba en su vientre. En el mezquite el gallo golón ya había anunciado la proximidad de la aurora, cuando descubrió una luz que lentamente se desplazaba por el camino de terracería. Ya no había mineros para que fuera



la luz de algún candil de exploración subterránea; la caza furtiva estaba desterrada por las persecuciones de los gendarmes de la Delegación, y tampoco se podía tratar de algún ánima en pena, porque Pancracio no creía en ellas. De tal manera que decidió ir a investigar.

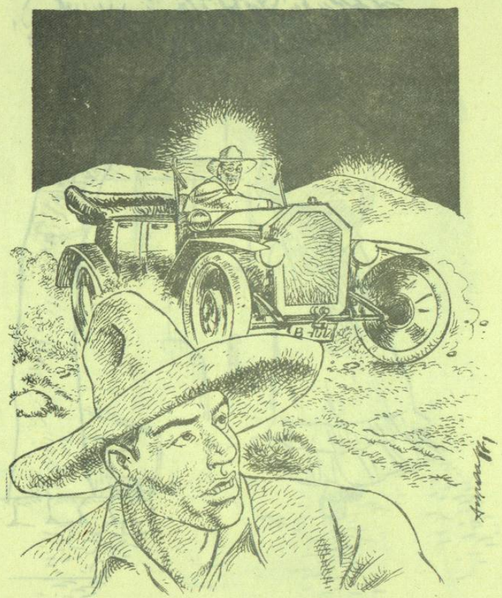
Al llegar a la luz vió la silueta de un hombre que asustado gritaba:

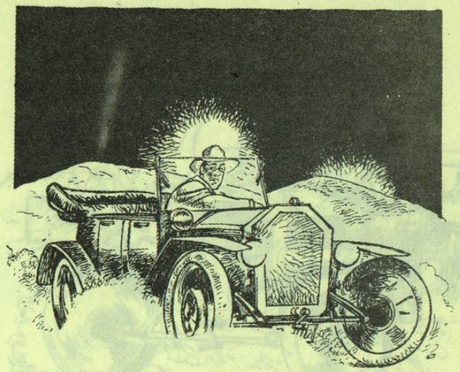
—"Hay alguien ahí".

Ese amanecer Pancracio conoció primero que nadie en Boca de San Pedro, el primer automóvil ford de la región y fue el primero en pasearse en él y también en asustarse con las explosiones de la combustión cuando ayudó al

desconocido darle marcha con llave de cran. Aquel hombre era un pasante de Medicina llamado Atenógenes Longoria, quien venía desde la frontera a promover pueblo por pueblo un artefacto que él había inventado. Se trataba de un tubo de acero, donde almacenaba oxígeno medicinal a baja presión, que podía administrarse a pacientes con dificultades para respirar. Esa madrugada Atenógenes se dirigía de la frontera a la capital, a entrevistarse con el dueño de una cadena de farmacias que se interesaban por su patente para comercializarla. Cuando tomó por el camino equivocado y fue a dar a Boca de San Pedro, atravesando las labores que lo llevaron por caminos de carretas hasta la finca de Pancracio Zavala.

Este entabló conversación con Atenógenes Longoria, quien con el ánimo dibujado en su rostro, le contó de sus



estudios, de sus experimentos, de su proyecto para comercializar la patente y de su equivocación al tomar la ruta desafortunada. Y por primera vez un hombre entró a la casa de Pancracio en los casi diez meses que llevaba de casado. Gasparina preparó una salsa y la revolvió con huevos, también preparó tortillas con harina de maíz que había molido días antes en el metate, sirvió leche de cabra bien hervida en fuego de leña y remolió un jarro de frijoles que recientemente había cosechado su hombre. Después del almuerzo Atenógenes explicó a Pancracio cómo funcionaba el automóvil, lo llevó a pasear y a recorrer el pueblo. La gente salía de sus casas asustada y Pancracio por primera vez en su vida carcajeaba y se agarraba las alas del sombrero para que no se le volara. La gira automovilística terminó en la cantina de Toño Mitates, en el Fogonazo, donde Atenógenes Longoria y Pancracio Zavala brindaron por la amistad, por los hombres con inventiva, por la modernidad y por el hijo que pronto habría de nacer. Al saber que era pasante de medicina, Toño Mitates le preguntó al "Doctor Longoria" si había cura para su rostro y sintió un brillo de esperanza cuando éste, le explicó que en las Universidades del país vecino ya había jóvenes estudiando cirugía plástica y que muy pronto la gente podría transformar sus rostros o detener el paso del tiempo con una operación. El cine apenas comenzaba en el país y el doctor Longoria auguró que iba a ser un buen mercado para los galenos de esa especialidad:

—Cuando pierdan su belleza las artistas del cine —dijo— van a querer conservar sus atributos y entonces van a hacer uso de la cirugía plástica.